

muy propio, muy auténtico, algo que pertenece a unas ciertas coordenadas de tiempo y lugar, y sin embargo, en la medida de lo posible, resulta valer para todos los tiempos y todos los lugares. Creo que me esfuerzo por ser arquetípico, y ésta es, probablemente, la razón de que deseché tanto material: escribo algo, y luego siento que ese algo no toca realmente esos nervios comunes, y que por lo tanto es inútil. Soy ambicioso en ese sentido, que no es el que se le da normalmente a la ambición. La ambición sugiere casi siempre el deseo de hacer algo extenso, con grandes ideas, todo eso. Cuanto más escribo, y cuanto más viejo me pongo, más me convengo de que no es así. La verdadera ambición del artista no está en la magnitud de las ideas, sino en la medida en que esas ideas logren tocar ese nervio común y universal. Se trata de algo muy directo. Lo mágico está en tomar un evento de contenido humano y mostrar por qué es verdadero en todos los tiempos y eternamente auténtico. Así funciona, al menos, en mi caso. El arte más grande, para mí, está con frecuencia en situaciones que parecen pequeñas. Muchas veces pensamos que la ambición de un escritor debe estar en tomar grandes ingredientes, pero eso no lleva necesariamente a una obra que resista el paso del tiempo. Así que creo que mi tendencia es hacia el proceso inverso. Y eso, creo, se manifiesta en *Últimos tragos*. Fue un libro con el que di vuelta a la esquina.

Ahora, cuando escribí *El país del agua* no había leído todavía *¡Absalón, Absalón!* Había leído, por esa época, *Mientras agonizo* y también *Luz de agosto*. Pero no *¡Absalón, Absalón!* Sin embargo, estoy consciente de que el sentido del pasado es fuerte en *El país del agua* como puede ser fuerte en varias novelas de Faulkner, en la forma que tienen sus personajes de reaccionar a él, de relacionarse con él. También está lo que usted mencionaba antes, el sentido de lugar. Eso también es fuerte en Faulkner, pero hay muchos otros escritores para los cuales el paisaje de fondo es tan importante como las figuras que aparecen en ese paisaje. Si pensé en alguien al momento de escribir *El país del agua*, fue en Dickens.

*Vásquez:* ¿En el Dickens de *Grandes expectativas*?

*Swift:* Por supuesto. Incluso García Márquez, y todo esto del realismo mágico, pudo estar presente entonces. Hay secciones de *El país del agua* que son en realidad muy fantásticas, en el sentido de desbordar la realidad. Como la cervecería, por ejemplo. A diferencia de todo lo que he hecho antes o después, en *El país del agua* había ese ingrediente mágico. Pero creo que me encontraba básicamente solo con ese libro y su escritura.

*Vásquez:* Quisiera que me hablara del tema de la historia. Me interesa por varias razones y, en síntesis, como hilo conductor de todos sus libros. Hay varias manifestaciones de la entrada de la historia en sus tramas. Mircea Eliade decía que lo que diferencia al hombre primitivo del hombre civilizado es el interés en la Historia, y sus novelas suelen marcar el paso de la Historia (con mayúscula) a las historias (con minúscula). En *El país del agua* se dice: «El hombre es el animal que cuenta historias».

*Swift:* Primero, déjeme que comente la cita de Eliade así: depende un poco de cómo escogamos definir «moderno» y «primitivo». Hubo un momento en la historia humana en el cual la historia estaba establecida en una forma, si puedo decirlo, consciente de sí misma. No estoy seguro de cuándo fue esto, y en mi opinión nuestro sentido de la historia está declinando. Cuando uno mira la evolución de los últimos siglos, de los últimos cinco siglos más o menos, parece siempre haber un importante sentido de la historia. No sé si eso pueda decirse del siglo XX. Así que estoy hablando de un fenómeno que puede ser muy reciente. Puedo estar equivocado, y esta opinión puede no ser más que una consecuencia de mi edad, pero creo que las nuevas generaciones, las generaciones que siguieron a la mía, no tienen un sentido de la historia tan fuerte como el mío. Hay más un sentido de que la vida es *ahora*. Para bien o para mal, yo crecí obsesionado por la historia, incluso cuando no la conocía. Creo que eso tiene mucha relación con haber nacido poco después de la guerra y sentir que hubo este evento gigantesco justo detrás de mí que afectó a tantas vidas ordinarias. Nunca he llegado a perder esa sensación de inmediatez, de proximidad de la guerra. Para mí, eso fue un punto de referencia constante, y logro entender por qué no lo es para las nuevas generaciones. ¿Qué tiene que ver la guerra con ellos? Así que dónde puedan obtener un sentido de la historia, si es que llegan a obtenerlo, no lo sé.

¿Es el hombre el animal que cuenta historias? Debe serlo, ¿no? Probablemente otros animales se cuenten historias, quién sabe [ríe]. Quiero decir con eso que el interés por contar historias es parte de nuestra humanidad, es lo que nos hace humanos, y está muy arraigado en la naturaleza humana. Todos respondemos a un sentido de las historias, y es muy difícil concebir una vida sin un sentido de la narración: una vida que fuera sólo vivida, sin esa dimensión narrativa, sin ser contada. Y, para volver a la pregunta sobre lo primitivo y lo moderno, creo que nuestro afán por contar historias es profundamente primitivo en el sentido en que no es realmente explicable. No puede ser analizado, es misterioso y mágico. Hablamos de que las buenas historias ejercen un hechizo, y creo que eso tiene mucha verdad. Si

uno pudiera retroceder en el tiempo, encontraría que nuestros más primitivos ancestros tendrían una fuertísima urgencia por contar historias. Las historias despiertan en nosotros, incluso ahora, necesidades y respuestas bastante atávicas. Y así como las historias pueden tener propósitos relativamente triviales, como el simple entretenimiento (y no está mal que así sea), en el otro extremo pueden atacar nuestro corazón, y nuestras vísceras. Son una necesidad muy básica. Cuando la gente dice cosas como que el libro ha muerto, que no sobrevivirá mucho tiempo, que otras cosas tomarán su lugar, yo pienso que, sin considerar la probable razón de su argumento, la necesidad de historias nunca morirá. Si muere, será porque nosotros estaremos efectivamente muertos.

*Vásquez:* El conflicto que aparece con más frecuencia en sus novelas no es entre amantes o rivales, sino entre generaciones. Además, salvo por el hecho banal de que el narrador de *El país del agua* sea profesor igual que usted lo fue alguna vez, usted parece negarse conscientemente a escribir sobre «lo que conoce», a favor de «lo que otros recuerdan» o «lo que se ha vivido antes».

*Swift:* Ahora que he escrito seis novelas, puedo estar de acuerdo con usted. El conflicto entre generaciones ocurre mucho en ellas. Por qué me siento atraído hacia esas situaciones, no lo sé. Pero se trata de algo que suena a verdad, porque las generaciones sostienen a menudo conflictos muy fuertes entre sí. Como otros conflictos, éste genera drama, y esto es lo que persigo con cada una de mis novelas. ¿Por qué me interesa especialmente? Supongo que porque siento que soy un escritor de perspectivas largas, y me interesan el cambio, las transformaciones que ocurren a través de largos períodos de tiempo. El conflicto entre generaciones suele poder resumirse en esto: la incapacidad para aceptar el cambio, para vivir en un mundo percibido por los ojos de otra generación. Los jóvenes viviendo en un mundo visto por los viejos y viceversa. Cada generación piensa, al menos por un momento, que se encuentra fuera de la historia; y cada generación aprende, para bien o para mal, que eso no es cierto. Así que el logro de una perspectiva histórica es uno de los resultados de la madurez, y algunas veces a costa de mucho conflicto. Algunos de mis personajes aprenden esencialmente eso: a tomar una perspectiva larga y madura sobre las vidas individuales, a aceptar que no están por fuera de la historia, que todos tenemos nuestro momento histórico. Éste puede ser un pensamiento reconfortante y también perturbador.

Curiosamente, y aunque el narrador de *El país del agua* sea un profesor, no hubo demasiada influencia. Cuando enseñé, enseñé inglés, no historia. Nunca fui profesor de historia. Además, enseñé en un nivel muy especial. Es difícil de definir. Enseñé en instituciones llamadas *further education colleges* [escuelas de educación continuada], cuyo nombre suena a universidad pero que en realidad no lo son. Son lugares a donde va la gente que ha fracasado en la escuela, que han perdido cursos o no han terminado, para intentarlo de nuevo. Así que el nivel era muy bajo. Uno podía tener alumnos que habían ido a la escuela el año anterior y también alumnos de sesenta o setenta años de edad. Era un trabajo muy extraño. Pero yo lo hacía como trabajo de medio tiempo, para financiar mi escritura. No tengo vocación académica en realidad, ni creo que fuera demasiado bueno como profesor, pero era algo que podía hacer a tiempo parcial para ganar dinero y poder escribir. Lo hice durante diez años; gradualmente, a través de ese tiempo, fui reduciendo el tiempo que dedicaba a enseñar. A medida que ganaba confianza en mi escritura, reducía el tiempo de enseñanza. Todo dependía de los estudiantes: había buenas clases y malas clases. Así que no creo que nada de eso haya realmente penetrado mi escritura.

No escribir sobre lo que conozco... Tengo esa posición un poco terca, en efecto. Por supuesto que algunas veces, a pesar de mí mismo, escribo sobre cosas relativamente cercanas a mi propia experiencia. No comulgo con la visión del escritor como una persona que va por la vida preguntándose qué puede escribir sobre todo lo vivido, siempre a la búsqueda de material. La vida, al contrario de lo que piensan muchos escritores, no está allí para ser transformada en literatura. Yo quiero vivir mi vida, no explotarla para otros propósitos. Hay, claro está, un elemento inconsciente en el cual uno de hecho digiere su experiencia y la utiliza en su escritura. Pero subrayo *inconsciente*. Lo importante es crear, y si uno va por la vida diciendo 'esto es material, puedo usarlo', se aleja de la creación, de la creación pura. Inventar cosas: eso es lo que me interesa. Encontrar algo en mi cabeza, y darme cuenta de que no sé de dónde viene, y reconocer que me excita, que se vuelve importante para mí: eso es lo que importa. La labor de reportero me aburre. Uno no ejerce reportería sobre su propia vida. Pero sé que hay muchos escritores, y muchos escritores muy buenos, que tienen la opinión contraria: creen que uno debería escribir sobre lo que conoce, y han escrito libros maravillosos sobre esa base. Imagino sin embargo que la experiencia de una vida alcanza a lo sumo para dos o tres libros. Es generalmente cierto que la primera novela de un escritor se alimenta en gran parte de su propia vida, y algunas veces ésa es la última novela que el escritor escribe, por la misma razón. En realidad, soy más bien terco en cuanto a ser anti-autobiográfico. Obstinadamente terco.